

# FIESTA DEL AMOR Y LA ALEGRÍA

A propósito de la fiesta del Sagrado Corazón que se celebra en este mes, presentamos esta reflexión que, el 6 de junio de 1975, pronunció el P. Arrupe, ex superior general de los jesuitas, con cuya espiritualidad y figura la Compañía de Jesús ha querido reencontrarse este año, a una década de su muerte.

Pedro Arrupe, S.J.

Hoy es la fiesta del Sagrado Corazón. Una fiesta que presenta una nota de dolor, de tristeza, de Cruz: el costado herido de Jesús Crucificado; su corazón traspasado, del que brotan sangre y agua; el mismo símbolo del Corazón con la cruz sobrepuesta y rodeado por la corona de espinas; la invitación a la reparación por los pecados y las infidelidades de los hombres en respuesta al infinito amor de Jesús...

Todo esto da a la fiesta del Sagrado Corazón como una nota de culpabilidad, de pena, de sufrimiento...

Sin embargo, en su realidad más profunda, es la fiesta del Amor; y amor quiere decir alegría, gozo, felicidad...

Alguno dirá: es verdad, pero en el caso de Jesús el amor lleva consigo la Cruz. A pesar de todo, es cierto que las llamadas que parten del Corazón de Jesús son llamas de amor y de amor infinito; y en este amor está el verdadero significado de la fiesta del Sagrado Corazón. Solamente en este amor es posible comprender a fondo el misterio de la redención, así como en el amor infinito de Dios está la clave para comprender el misterio pascual, un misterio que, si bien lleva consigo la Cruz, comprende también la resurrección y una eterna glorificación. Por eso el "Exultet pascual" -dice Pablo VI- canta un misterio realizado por encima de las esperanzas proféticas: en el anuncio gozoso de la resurrección, la pena misma del hombre se halla transfigurada, mientras que

la plenitud de la alegría surge de la victoria del Crucificado, de su Corazón traspasado, de su cuerpo glorificado y esclarece las tinieblas de las almas: *Et nox illuminatio mea in deliciis meis*" (Pablo VI, Exhortación Apostólica *Gaudete in Domino*, III).

## LA ALEGRÍA DE JESÚS

También nosotros, para poder conciliar esta antinomia de cruz y resurrección, de pasión y de gloria, debemos tratar de penetrar en el misterio de Cristo, penetrar en lo más profundo de su persona: en él descubriremos una inefable alegría; una alegría que es su secreto, que es solamente suya: Jesús es feliz porque sabe que es amado por su Padre. La voz que viene del cielo en el momento de su bautismo: *Tú eres mi hijo predilecto, en ti me complazco* (Lc 3, 22), no es más que la expresión externa de la experiencia profunda y continua que Jesús tuvo del Padre desde su concepción. *El Padre me conoce y yo conozco al Padre* (Jn 10, 15): este conocer y sentirse conocido del Padre se realiza en un completo e incesante intercambio trinitario de amor: *Todo lo mío es tuyo y lo tuyo mío* (Jn 17, 10). En esta comunicación de amor, que es la misma existencia del Hijo y el secreto de su vida trinitaria, el Padre se da constantemente y sin reservas al Hijo y el Hijo se da en un infinito amor al Padre en el Espíritu Santo.

El motivo profundo de la alegría de Cris-

to será también el motivo de nuestra verdadera alegría: la participación en la vida divina por medio del Espíritu, presente en la intimidad de nuestro ser, la participación en el amor con el que Cristo es amado por el Padre, a la cual también nosotros hemos sido llamados: *Yo les he dado a conocer tu Nombre y se lo seguiré dando a conocer, para que el amor con que tú me has amado esté en ellos y yo en ellos* (Jn 17, 26).

En el cuadro de esta experiencia interior se comprende el verdadero sentido de la felicidad: *Bienaventurados los que lloráis ahora, porque reiréis* (Lc 6, 21); el sentido de la alegría en la persecución: *Bienaventurados seréis cuando os injurien, os persigan y digan con mentira toda clase de mal contra vosotros por mi causa. Alegraos y regocijaos, porque vuestra recompensa será grande en los cielos, que de la misma manera persiguieron a los profetas anteriores a vosotros* (Mt 5, 11-12).

El Corazón de Cristo es el símbolo de su amor infinito, del amor humano y trinitario que él nos da en el Espíritu Santo que habita en nosotros. Fruto de este Espíritu es la alegría, que tiene el poder de transformarlo todo en gozo espiritual (Rom 14, 17; Gal 5, 22); gozo que ninguno puede quitar a los discípulos de Cristo, una vez que lo poseen (Jn 16, 20; cfr. 2 Cor 1, 4; 7, 4-6).

### NUESTRA ALEGRÍA

Comparando la alegría de Cristo, tan íntima y profunda, con la que se nos comunica a través de los dones de la ciencia, de la inteligencia y de la sabiduría, y que tiene como fruto el gozo en el Espíritu Santo, vemos que es una alegría que abraza todo nuestro ser, haciendo que nos sintamos íntimamente felices también en este mundo, en medio de las tribulaciones que son casi un presagio de la felicidad perfecta, y por ello eterna, del reino de los cielos.

Esta íntima alegría, cuando es percibida en toda su profundidad y extensión, se manifiesta en una *alegría de ser*: es la experiencia vivida a la luz de la fe del *en él vivimos, nos movemos y existimos* (Hech 17, 28); es un sentirse penetrados por Dios, que nos vivifica, que habita en nosotros en trinidad de personas, que nos crea continuamente, dándonos así la prueba irrefutable de su amor infinito. Esta alegría se manifiesta

El motivo profundo de la alegría de Cristo será también el motivo de nuestra verdadera alegría: la participación en la vida divina por medio del Espíritu, presente en la intimidad de nuestro ser, la participación en el amor con el que Cristo es amado por el Padre.

además en la *alegría de haber sido elegidos antes de la creación del mundo* (Ef 1, 4), con el amor de predilección que esta elección supone, para una vocación privilegiada *para ser santos en su presencia* (ib.): es la conciencia de haber sido objeto de las predilecciones divinas: *no me habéis elegido vosotros a mí, sino que yo os he elegido a vosotros* (Jn. 15, 16); de haber sido admitidos a la amistad de Dios: *vosotros sois mis amigos*; es sobre todo la conciencia, confirmada por el testimonio del Espíritu, de *que somos hijos de Dios; y si hijos, también herederos; herederos de Dios y coherederos de Cristo* (Rom 3, 16-17).

*Una alegría segura porque está fundada en el amor y omnipotencia de Dios: Si Dios está por nosotros, ¿quién contra nosotros?* (Rom. 3, 31); *¿quién nos separará del amor de Cristo?* (Rom 8, 35); sabiendo que, incluso si una madre olvidase a su hijo pequeño, *yo en cambio no te olvidaré jamás* (Is 49, 15).

*La alegría del que sabe que posee todo el depósito de la fe*, los tesoros de la sabiduría y de la ciencia de Dios, por los que vale la pena vender cualquier otra cosa, con tal de comprar esta perla preciosa. ¡Esta perla es mía!

*La alegría de ser instrumento en las manos de Dios*, por lo cual todo lo que es obra mía es al mismo tiempo obra de Dios, gracias a su continuo concurso, sea en el orden natural o en el sobrenatural. La alegría de ser cooperadores de Dios, ministros e instrumentos suyos, incluso en esa obra de las obras de su infinito amor que es la redención del mundo.

*La alegría de sentirse creados para la eternidad*, llamados a una vocación escatológica, destinados a una vida que no tiene fin, a la que tendemos con el ansia y la nostalgia del que va hacia la Patria, donde participaremos "con gran alegría" en las bodas del Cordero (Ap 19, 7-13). Nuestra vida terrena, con todos sus acontecimientos, tiene una propia trascendencia eterna; tenemos la certeza de que nuestros nombres están escritos en el cielo (Lc 10, 20); de que al final de nuestros días nos espera una felicidad eterna, perfecta (Ap 18, 20; 19, 1-4), porque *Dios enjugará toda lágrima de sus ojos* (Ap 7, 17).

### FIESTA DE AMOR

Lo difícil es percibir esta alegría en medio de la *gran tribulación* de este mundo (Ap 7, 14).

